

Sobre el modelo corporal de la mujer

*Cásate con un arqueólogo.
Cuanto más vieja te hagas,
más encantadora te encontrará.*

AGATHA CHRISTIE

A orillas del lago Lugu, en un remoto lugar de la provincia de Yunan al sur de la China, se encuentra el legendario "reino de las mujeres", una sociedad matriarcal de 47.000 habitantes en la que los hombres no tienen responsabilidades sobre las cuestiones importantes de la vida. Las mujeres, del grupo étnico Mosuo, descendientes de nómadas tibetanos, son las que trabajan, toman las decisiones y administran el dinero. Ellas, que son físicamente fuertes y saben cuidar de sí mismas, escogen a sus amantes y conforman una peculiar estructura familiar denominada "matrimonio ambulante" en el que las propiedades y el nombre pasan de madres a hijas. Se trata de una antiquísima tradición de la milenaria cultura china en la que el matriarcado era una institución habitual en el ámbito rural. Frente a este reducto matriarcal, las sociedades contemporáneas, a pesar de los avances del proceso de civilización, de las conquistas de las revoluciones sociopolíticas y las aportaciones de las disciplinas científicas, se han erigido como organizaciones dirigidas y dominadas por lo masculino en las que las mujeres han tenido un papel secundario, adaptativo y ornamental.

Hasta bien entrado el presente siglo, las mujeres más que protagonizar la historia la han padecido. Factores científicos, sociológicos y políticos han posibilitado recientemente la consideración de la mujer como grupo social diferenciado del hombre. La aportación de las ciencias humanas (la antropología, la demografía histórica y la sociología) han distinguido lo masculino de lo femenino como formas de división de las sociedades. La presencia creciente de la mujer en la universidad, primero como estudiante (en el segundo tercio de la centuria) y después como profesora ha constituido un cambio sustancial en la fundamentación social, académica y laboral del papel de la mujer en nuestra sociedad. El movimiento de liberación de la mujer, a partir de los años setenta, ha sido una plataforma política decisiva para que las mujeres conquistaran su doble categoría de sujetos y objetos históricos: alguien que habla y de quien se habla.

La emancipación de la mujer, sobre todo en las sociedades desarrolladas, es un suceso cercano que se gesta como fruto maduro de una modernización inevitable en una sociedad preparada para la aceptación del concepto género, diferenciación de sexos, no como un elemento inmutable de una naturaleza sino como una construcción cultural cambiante. La modernidad económica rompe las cadenas de las comunidades locales y familiares e independiza a la mujer asalariada. La modernidad cultural promueve la alfabetización femenina, imprescindible para la comunicación en el ejercicio progresivo de la democracia. La modernidad científica ha salvado a la mujer de la muerte de parto y, a través de los anticonceptivos, ha liberado a la mujer de su esclavitud con el placer y la procreación.

Pero, ¿cuál ha sido el resultado real de todas estas transformaciones en la mujer de nuestros tiempos? Los cambios han sido drásticos: hasta la primera mitad del siglo el sentido de la vida de la mujer era el matrimonio y los hijos; en cuanto a los hombres, las estadísticas nos dicen que querían esposas bellas, vírgenes y que no trabajaran. Hoy este planteamiento es obsoleto; la mujer quiere ser ella misma y el hombre ha debido ajustarse a los nuevos cánones de comportamiento. Las mujeres han alcanzado tasas de actividad sin precedentes históricos; quieren llegar a todo. Consciente de su autonomía y protagonismo, la mujer actual es perfeccionista: se exige ser bella, buena profesional y madre de familia. En el período actual de la posmodernidad, caracterizado por la autonomía individual diferenciada y exigente cuya meta es la felicidad personal, las mujeres reivindican independencia, dominio de sí y acceso al mundo masculino (en lo laboral, social, político, económico, tiempo de ocio...), pero sin abandonar su tradicional rol de seducción, conjugando los roles actuales con los tradicionales.

Por primera vez han adquirido el dominio sobre su cuerpo. El derecho al aborto, los anticonceptivos, el acceso al trabajo, su independencia socio-familiar y el ferviente deseo de equipararse con el hombre sin diferencias ni excepciones de ningún tipo han revolucionado la relación de la mujer con su aspecto físico. En este sentido, el número de mujeres que deciden dedicar sus horas de ocio a la práctica deportiva y a las distintas prácticas recreativas e higiénicas es muy superior al de cual-

quier otro período histórico. El acceso generalizado de las mujeres a los cuidados estéticos mediante la adquisición masiva de los productos de belleza, gracias a la elevación del nivel de vida y los métodos industriales, ha condicionado un cambio importante en su tradicional lucha por parecer joven y bella. Se ha pasado de la obsesión por el rostro a la pasión por el cuerpo. Tratan de construir no solo una cara bonita, sino básicamente un cuerpo joven y esbelto ajustado a la nueva coyuntura sociocultural.

Dos exigencias dominan los cánones actuales de la belleza femenina: la lucha contra el peso y el antienvjecimiento. Los productos de cuidados faciales y corporales se han situado a la cabeza de las ventas de las industrias de perfumería, gracias a la elevación del nivel de vida y a los métodos industriales. La cirugía estética se ha convertido en un medio legítimo y accesible de rejuvenecimiento y embellecimiento. Se ha incrementado notablemente el consumo de los fármacos "milagrosos" que reducen sustancialmente la obesidad o de aquellos que retrasan la oxidación de las células impidiendo el envejecimiento corporal. Aparecen por doquier libros, alguno de ellos convertidos en "best seller", con dietas adelgazantes y remedios para obtener una silueta perfecta. La publicidad nos acecha permanentemente con productos adelgazantes lanzando anualmente cientos de productos *light*. Las siluetas de las *top models* actuales, la evolución de las medidas corporales de las candidatas al título de *miss* y la perenne juventud de las míticas *vedettes* de nuestra esfera social y artística, referentes sociales de la belleza actual, avalan la pasión actual por la trilogía sagrada de la estética de hoy: bella-esbelta-joven.

La necesidad de la mujer por estar delgada es un deseo de autocontrol, es una necesidad de ser soberana de su propio cuerpo, es una conquista más de autonomía personal. En períodos históricos anteriores, la corpulencia femenina se valoraba mucho ya que se le asociaba con la fecundidad, que era el destino supremo de la condición femenina tradicional. En la actualidad, el deseo de desmarcarse de la imagen tradicional de la feminidad, así como la voluntad de ser juzgada menos como cuerpo y más como sujeto dueño de sí mismo se convierte en una pasión por la esbeltez y las carnes firmes, que proyecta, en el plano estético, una ambivalencia de éxito: deseo de emancipación y, al mismo tiempo, una exigencia de autocontrol.

Desde sus inicios hasta bien entrado el presente siglo, el deporte, entendido como un juego agonístico de carácter ascético que instrumentaliza un cuerpo energético en pos de un rendimiento máximo, ha sido un coto reservado para hombres. Las mujeres se han ido incorporando al deporte a título individual, de manera forzada, tarde e intentando emular a lo masculino. La naturaleza de la práctica deportiva (exigente, competitiva, masculinizada), el papel secundario de la mujer en la sociedad con un limitado acceso al tiempo de ocio, la deficiente consideración socio-familiar de las prácticas corporales para mujeres y la relación que tiene el deporte con los espacios públicos y abiertos han retraído de manera determinante su participación en esta práctica de nuestro siglo. Con los movimientos de liberación de la mujer y los cambios sociales y culturales auspiciados a partir de la segunda mitad de nuestra centuria, la mujer preocupada por alcanzar la igualdad con el hombre se incorpora decididamente a los deportes considerados como "femeninos". Su adscripción a la práctica deportiva, bastante inferior a la de los hombres, depende todavía de la edad, la educación y el estatus socioeconómico.

A pesar de la notable irrupción de la mujer en la práctica deportiva en las últimas tres décadas, podemos apreciar que la vigencia de los modelos corporales impuestos en nuestra sociedad hace que el deporte, como opción práctica en el tiempo de ocio activo, quede relativamente marginado de las preferencias mayoritarias de las mujeres. La particular interpretación deportiva de lo ascético, fórmula de éxito en la modernidad aunque con problemas de ajuste en la sociedad hedonista de hoy, ha sido sustituida entre la población femenina por un culto *quasi* religioso narcisista hacia la búsqueda de la belleza-delgadez-juventud que es otra forma de ascesis que conduce a la mujer posmoderna a apropiarse de las cualidades de voluntad, de autonomía, de eficacia, de poder sobre sí misma tradicionalmente atribuidas al varón.

El derecho a la diferencia, renovado discurso que rompe el modelo empobrecedor del igualitarismo feminista, se ha constituido en el marco ideológico referencial que debe otorgar a la mujer el importante y definitivo papel social que le corresponde. La elección de un modelo corporal propio, autónomo y diferenciado, acompañado del desarrollo generalizado de las prácticas corporales que se derivan de él, constituyen un paso importante en la consecución de esta aspiración.

El duelo con el espejo está servido, la silueta corporal ha pasado a convertirse en el elemento fundamental sobre el que gira la autoestima y si el cuerpo no se ajusta a los patrones de belleza vigentes, la vida podría convertirse en un drama añadido con importantes alteraciones: bulimia, anorexia, depresiones, complejos... La conquista de la belleza ya no se concibe sin la búsqueda de lo esbelto, las restricciones alimentarias, el tratamiento cosmético y los ejercicios corporales ascético-narcisistas que proporcionen un cuerpo firme y musculoso. El deporte, cimentado en el modelo corporal energético, no sirve para lograr dichos fines y además es un espacio masculino en el que difícilmente la mujer puede cultivar sus valores más genuinos y diferenciales. Es un hecho constatable la incorporación masiva de las mujeres a un segmento de prácticas corporales personalizadas de carácter higiénico, recreativo y narcisista, fundamentadas en el modelo corporal dominante (anatómico-fisiológico) que además son muy pertinentes para sus lícitas aspiraciones de autoafirmación: las gimnasias de la forma, el *jogging*, la musculación, el *fitness*, los bailes de salón y discoteca, el *aerobic*... Toda una respuesta ante un reto apasionante de un sector de la población con urgencias históricas que busca su identidad y encaje satisfactorio en la sociedad del siglo XXI.

Javier Olivera Betrán